

October 2004

## Número 55: 18.º Domingo de Pentecostés-Día de la Reforma

Follow this and additional works at: <http://digitalcommons.luthersem.edu/eeh>



Part of the [Christianity Commons](#), and the [Practical Theology Commons](#)

---

### Recommended Citation

(2004) "Número 55: 18.º Domingo de Pentecostés-Día de la Reforma," *Estudios Exégeticos Homiléticos*: Vol. 2004 : No. 55 , Article 1. Available at: <http://digitalcommons.luthersem.edu/eeh/vol2004/iss55/1>

This Article is brought to you for free and open access by Digital Commons @ Luther Seminary. It has been accepted for inclusion in Estudios Exégeticos Homiléticos by an authorized editor of Digital Commons @ Luther Seminary. For more information, please contact [akeck001@luthersem.edu](mailto:akeck001@luthersem.edu).

**ESTUDIO EXEGÉTICO-HOMILÉTICO 055 – Octubre de 2004****Instituto Universitario ISEDET****Autorización Provisoria Decreto PEN N° 1340/2001*****Es un servicio elaborado y distribuido por el Instituto Universitario ISEDET*****Buenos Aires, Argentina****Este material puede citarse mencionando su origen****Responsable para el mes de octubre de 2004: Néstor Míguez**

El Comentario corresponde a los textos de la Epístola, dado que los textos del Evangelio ya han sido considerados anteriormente en los **EEH 19 de 2001**: Lucas 17:5-10; 17:11-19; 18:1-8 y 18:9-14. El domingo 31 de Octubre se considerará de una forma especial por ser el Día de la Reforma.

**Domingo 3 de octubre de 2004, Décimo octavo Domingo de Pentecostés**Salmo 37:1-10; Habacuc 1:1-4, 2:1-4; **2 Timoteo 1:1-14**; Lucas 17:5-10***Introducción***

El texto que conocemos como “Segunda Carta de Pablo a Timoteo” forma parte de las llamadas “epístolas pastorales” (nombre que viene del S. XVIII), pero tiene características propias. La tendencia a agrupar estos escritos ha llevado a considerarlas siempre en su conjunto, atribuyéndoles un autor en común (dadas las dificultades en verlas como escritos enteramente paulinos), y manteniendo el orden canónico como orden cronológico. Sin embargo, sabemos que la organización en el canon obedece a otros criterios (extensión del texto, supuestos en la vida paulina que no toman en cuenta la posibilidad de un escrito “pseudoepigráfico”<sup>1</sup>); y debemos sentirnos con cierta libertad al examinar los textos. Por eso no creo caer en herejía al decir que mi lectura de 2 Tm me hace pensar que es anterior a las otras dos pastorales; y que tiene un “editor” distinto de ellas, y más cercano, en tiempo y afecto, al propio Pablo. Hay cuestiones de contenido y lenguaje que la distinguen de 1 Tm y Tito, que a su vez parecen más afines entre ellas y reflejan un momento más tardío de la vida de la iglesia.

2 Tm puede considerarse más “paulina” en tono, tiempo y en sus líneas teológicas generales que las otras pastorales. Es, en alguna medida, como un “testamento paulino” (4:6-8). Su autor ha reunido en un escrito algunas consideraciones y recuerdos de su relación con Pablo, ha recuperado los consejos de éste, y les ha dado forma epistolar. La carta tiene un tono que por momentos se vuelve íntimo y apela a la cotidianidad, con abundantes referencias a personas y hechos que están en la memoria inmediata de los protagonistas. Con todo, comparte con las otras pastorales un tono más autoritario y una preocupación por el orden eclesial, que si bien presente en las cartas a las iglesias, aquí aparece como más fuerte. La iglesia ya es un lugar de

---

<sup>1</sup> Por “pseudoepigrafía” se conoce en el estudio de la Biblia la posibilidad de que un escrito tenga un autor (o editor final) distinto del que figura en el texto. Esto se ha planteado especialmente en la literatura paulina con respecto a las cartas a los Efesios y las pastorales, y con ciertas dudas, Colosenses y 2 Tesalonicenses. No podemos entrar aquí en el debate sobre el tema, que la mayoría de nuestros lectores y lectoras ya conocen. Con respecto a las “pastorales”, a no ser por razones doctrinales o de disciplina, la mayoría de los estudiosos actuales reconocen las dificultades de atribuírselas directamente a Pablo. Con todo, eso no significa, como veremos, que no haya, en distintos niveles, una dependencia paulina. A mi criterio, ésta es mayor justamente en 2 Tm.

discusión doctrinal, y la tarea de enseñanza va adquiriendo un lugar cada vez más importante, lo que señala la presencia de nuevas generaciones, nacidas en familias donde ya hay conversos, de la cual el propio Timoteo podría ser un ejemplo (Hch 16:1).

La “carta” abunda en fórmulas doctrinales; usa textos que probablemente forman parte de liturgias eclesiales fijas (p. ej., 2:11-13); e insiste en la cuestión de cierta unidad doctrinal necesaria, si bien reconoce que hay una diversidad que se manifiesta en las comunidades, que no puede ignorarse (2:20), y frente a las cuales es necesario intensificar la enseñanza de la verdad, para lo cual ha de valerse tanto de las Escrituras (3:16-17) como de la propia tradición que Pablo ha dejado (1:13-14). Sin embargo, no aparece aún la idea de excluir por razones doctrinales, sino de apelar a la enseñanza y corrección como primera actitud (2:24-26). Ello no impide ver que las contiendas, tanto dentro de la comunidad como con el mundo circundante, arrecian; y hay un hostigamiento fuerte que ha llevado al propio Pablo a su condición de prisionero (1:8), con posibilidad cierta de perder su vida, como pareciera ser el desenlace al momento en que la carta es finalmente redactada y editada.

### **Comentario**

El comienzo de la carta (vs. 1-2) destaca el carácter apostólico de Pablo (y por ello de la carta), pero además introduce algo nuevo: “según la promesa de vida que es en Cristo Jesús”. Las otras cartas no dan esto como fundamento del apostolado. Este sería ya un indicio de que la vida de Pablo y su ministerio están “escondidos en Cristo”. Las reiteradas referencias de la epístola a la certeza de la resurrección y la expectativa de “aquél día” en que se manifieste el juicio de Dios apuntan en el mismo sentido. La carta es particularizada a este “hijo amado” – cf. 1 Co 4:17; Flp 2:19-22. La fórmula de saludo, por lo demás, es más o menos convencional y similar a otras cartas.

A diferencia de las otras pastorales, donde el autor entra directamente a los asuntos a considerar, y más cercana a las cartas a las iglesias, el escrito da lugar a una acción de gracias por el ministerio del receptor, a una expresión de su afecto por él (vs. 3-4). Luego se incluye una referencia al testimonio de la familia (de las mujeres de la familia, para ser exactos: abuela y madre, v. 5). Pablo también ha apelado a la fe de sus antepasados en su propio caso (v. 3), lo cual implica una cierta continuidad implícita con la tradición judaica. Esto marcaría una diferencia con la 1 Tm (1 Tm 1:12-14, ver comentario del mes pasado) y una cercanía mayor con el concepto expresado, p. ej., en Gal 1:14-16, donde el ministerio apostólico no aparece como una ruptura con su pasado judaico, sino como una plenificación del mismo, una continuidad que había sido quebrada por su desviación, al no comprender la voluntad de Dios en Cristo y perseguir a la Iglesia. Por ello es que después reivindicará la autoridad de las Escrituras (lo que hoy nosotros llamamos el Antiguo Testamento) como fuente de enseñanza y autoridad. Esto es importante, porque marcaría una idea de continuidad entre el verdadero judaísmo y la fe cristiana, en cierta consonancia con Rom 9-11, aunque también hay algunas diferencias. La “fe sin hipocresía” que habita hoy en Timoteo es también la que conocieron su abuela y su madre. ¿Se refiere a la fe cristiana, o a su trasfondo judaico? Imposible saber, ya que Pablo ha dicho que él también sirve en la misma adoración que sus antepasados.

La acción de gracias es acompañada por una primera exhortación (*anamimnêsko*, te recuerdo, te aconsejo) de carácter personal (v. 6). Ello implica un encuentro de dos partes: una que es responsabilidad de Timoteo “avivar el fuego”, y otra que es de Dios: el don divino. Pero entra también un tercer partido: la relación con Pablo, quien ha afirmado este don mediante la

imposición de sus manos. Es una síntesis de las tres dimensiones del ministerio: el don divino, la responsabilidad personal, el reconocimiento comunitario –en este caso vehiculizado por Pablo. No puede decirse que esta imposición de manos sea una “ordenación”. Tal cosa está aún lejos del horizonte de la organización eclesial, que aparecerá por lo menos un siglo después. Es más bien un acto de bendición, de reconocimiento y casi se podría decir, de transmisión “carismática”.

Esta transmisión afirma la presencia del Espíritu como actitud de firmeza en la fe (v. 7), firmeza que se manifiesta aún en situación de dolor y sufrimiento, en la cárcel (v. 8). La expresión “sufrir el mal” (*kakopathein*) sólo aparece con esta fuerte expresión en esta epístola (aquí, en 2:3.9 y 4:5) y en Santiago (5:10.13, referida a los profetas). El testimonio del Señor no avergüenza, así lleve a la prisión y al sufrimiento. El autor incluye, en una curiosa ampliación, junto al testimonio del Señor, el testimonio de “Pablo” –“ni de mí”. Esto marca el establecimiento de una tradición propiamente paulina, que se reforzará en los vs. 11 y 13. Aquí aparece la posibilidad de sufrir por el Evangelio y que el propio sufrimiento puede ser considerado una marca de la fe verdadera. Esto no es un punto que conviene sobredimensionar, pues el escrito también marca la alegría que trae la verdadera fe. Hay posiciones teológicas que, por una concepción sacrificial de la fe cristiana, destacan el sufrimiento como “vía de salvación”. No es este el caso de esta carta: el sufrimiento es una consecuencia de la valentía del testimonio en un medio hostil. No hay que huirle si ello significa renunciar a la fe (¿será ese el caso de Figelo y Hermógenes –v. 15– o de Demas –4:10?) Pero lo que salva no es el sufrimiento, ni siquiera el de Cristo, sino la voluntad amorosa de Dios. Ese propósito es gratuito, es la gracia salvadora que se manifiesta en Jesús. Aquí el autor ya usa lo que parece ser una fórmula credal<sup>2</sup> (vs. 9-10).

En esta fórmula se destacan algunos factores teológicos que parecen cristalizar en expresiones que toman la forma de proposiciones doctrinales fijas, elementos que se han presentado argumentalmente en las cartas a las iglesias. Por ese mismo proceso de fijación se hacen menos flexibles y a la vez que resumen conceptos elaborados, también conllevan otros contenidos que se desarrollarán a partir de ellas con sentido distinto. Esos puntos son:

- a. La relación entre salvación, llamamiento y santificación.
- b. Ese don proviene, no de nuestras obras, sino de la gracia de Dios.
- c. Esto obedece a un propósito preestablecido de Dios.
- d. Que se manifiesta en este tiempo por la “epifanía<sup>3</sup>” de Jesucristo.
- e. Esta salvación “por el Evangelio” está relacionada con la victoria sobre la muerte y la promesa de inmortalidad.

En este trozo conviene hacer referencia al concepto de “epifanía”, por la importancia que adquirirá después en la teología dogmática. Pablo no lo usa en sus cartas a las comunidades. Se usa para la “manifestación gloriosa” del día postrero en las otras pastorales. Esta parece ser

<sup>2</sup> Uso la expresión “fórmula credal” para indicar que hay ciertas palabras, frases hechas, giros idiomáticos, que se van fijando como un modo repetitivo de expresar la fe. No es aún un credo estructurado, como aparecerán después, pero tampoco son frases casuales: probablemente ya fueran usadas incluso ritualmente, aunque todavía están en un tiempo y proceso de fijación no definitivo.

<sup>3</sup> Epifanía: “manifestación desde lo alto”. Este término normalmente se refiere a las manifestaciones de Dios. En los Salmos aparece con las bendiciones (también en la muy conocida bendición de Nu 6:25), donde Dios hace “resplandecer” su rostro.

la única oportunidad en que el término “epifanía” se referiría a la presencia terrena de Jesús. El debate posible sobre el uso se refiere a si acá el autor se refiere al Cristo encarnado o al Resucitado, dado que el texto continúa con la referencia a la vida eterna. El término aquí es justamente “inmortalidad” (*aftharsía*), que en Pablo aparece especialmente en 1 Co 15. El Evangelio aparece, entonces, vinculado con la dimensión de “vida más allá”, que marcará una tendencia, en la historia dogmática, que para algunas formas de doctrina terminará absorbiendo otras posibles significaciones de la palabra “salvación”.

Pero “este evangelio” adquiere una característica distinta. La tradición paulina pasa a ser una “ortodoxia”. Pablo no sólo es “apóstol y predicador”, sino también “maestro” (cf. 1 Tm 1:11, comentario del mes pasado). Adquiere una función “magisterial”, que se reforzará con el enunciado del v. 13. Allí su forma de predicar se ha convertido en modelo a ser imitado. Su enseñanza se ha convertido en un “depósito” (vs. 12, 14) que se debe guardar por la presencia del Espíritu que habita en nosotros.

### Sugerencias homiléticas

Una línea homilética puede trabajar sobre lo que significa “la fe recibida”. Este texto nos permite reflexionar en varios sentidos:

- La fe recibida de “nuestros padres”: en el caso de Pablo, de sus ancestros judíos; en el caso de Timoteo, probablemente haya la misma referencia, aunque es posible que su madre ya le haya transmitido una visión cristiana. En este caso, la fe no es un “contenido”, sino una disposición a la adoración y a la vida recta: con buena conciencia (v. 3).
- Hay una gratitud y un reconocimiento por esa fe sin hipocresía. Pero al mismo tiempo hay una disposición a cambiar: la fe recibida no es una herencia intangible, sino que debe estar abierta a lo nuevo que hace Dios entre los seres humanos; por ello Pablo puede adorar según la fe de sus padres, pero a su vez predicar el Evangelio de Jesús, el Cristo.
- La fe recibida es ejemplo de vida, perseverancia aún en los momentos de peligro, fieles aún frente a las situaciones difíciles. Es un testimonio que “no avergüenza”, sino que llena de gozo y gratitud por quienes supieron mostrarse íntegros aún cuando ello implicaba sufrimiento.
- Esa fe también recibida de nuestros maestros no es sólo ejemplo, sino también manifestaciones que plantean un “contenido teológico”: en el caso de Timoteo, son las “sanas palabras escuchadas de Pablo” (v. 13). Hay un “depósito” de experiencias, afirmaciones, pruebas afrontadas, que instruyen a la generación que sigue. Pablo invita a abreviar de esa fuente.
- Esa fe recibida debe ser transmitida, lo cual significa hacerla propia, vivirla según las nuevas circunstancias que se nos plantean. Es “avivar el fuego del don” (v. 8) para que a su vez otros puedan recibir este testimonio y hacer vida en sus propias circunstancias y contextos.

Otra posibilidad es desarrollar, en un sermón de corte más doctrinal, los puntos que hemos destacado en la “fórmula credal” de los vs. 9-10. Destacar los elementos del llamamiento a la santidad, la prioridad de la gracia divina, la voluntad salvadora de Dios, la manifestación a la vez en gloria y debilidad del Cristo crucificado y resucitado, la esperanza de vida que ello nos abre.

**ESTUDIO EXEGÉTICO–HOMILÉTICO 055 – Octubre de 2004****Instituto Universitario ISEDET****Autorización Provisoria Decreto PEN N° 1340/2001***Es un servicio elaborado y distribuido por el Instituto Universitario ISEDET***Buenos Aires, Argentina****Este material puede citarse mencionando su origen****Responsable para el mes de octubre de 2004: Néstor Míguez****Domingo 10 de octubre de 2004, Décimo noveno Domingo de Pentecostés**Salmo 111; 2 Reyes 5:1-3, 7-15c; **2 Timoteo 2:8-15**; Lucas 17:11-19.

Para el texto de la Epístola, consideraciones generales, ver introducción del domingo anterior

**Comentario**

El texto de la epístola en nuestro leccionario tiene puntos de contacto con la lectura de la epístola del domingo anterior, pero permite profundizar en algunos aspectos significativos. Nuevamente comienza con un imperativo: “haz memoria”. Una expresión similar (reforzada) se repetirá en 2:14. Estos imperativos de “hacer memoria, recordar” no tienen por objeto que “Timoteo” recuerde él estas cosas, sino que constituyen el núcleo fuerte de contenidos de la enseñanza y proclamación en la que se debe esforzar. Esta memoria que debe estar siempre presente es el Evangelio de Jesús, de la simiente de David. La fórmula empleada es similar a la que encontramos en Rom 1:3-4. En este caso, sin embargo, la fórmula aparece invertida: mientras en Romanos se recuerda que Jesús, el Hijo de David, fue levantado de la muerte, aquí se prioriza la resurrección: recuerda al que resucitó, que era Hijo de David. La inversión no es simple cuestión de detalle: muestra cómo se da un nuevo contexto: los que han muerto (quizás el propio Pablo, para esta época) resucitarán, en la línea de 1Ts 4:13ss. Por ello es necesario confrontar a los que dicen que la resurrección es un hecho del pasado (cf. 2:17-18). El Evangelio que “Timoteo” es exhortado a predicar es un evangelio de Resurrección. Mientras que en Gal 1 el Evangelio de Pablo es fundamentalmente un evangelio de redención del imperio de la ley –y de la ley del Imperio– aquí salvación y resurrección (vida inmortal –ver comentario domingo anterior) se han asimilado. Esto indica la preocupación de una segunda generación de creyentes.

Este evangelio lo ha llevado a Pablo a sufrir en la prisión, como un malhechor (v. 9). Indirectamente se hace alusión a la cruz de Cristo, en la cual Pablo está siendo “cocrucificado” (cf. Rom 6:6-8). Sin embargo la Palabra de Dios no puede ser detenida. Aquí la referencia puede tomar dos caminos: aunque Pablo esté preso (o incluso muerto a esta altura), otros han de tomar el testimonio y seguir llevando adelante la tarea de proclamación. O, en la línea de Filipenses, la prisión no detiene a Pablo en su tarea de anunciar el Evangelio. Por el contrario, la dificultad aumenta el valor de su testimonio de Cristo, lo muestra en su radicalidad, revela su capacidad de superar a la propia muerte, como ocurrió con Jesús. La voluntad salvífica de Dios no puede ser detenida en las prisiones del imperio. En el v. 9 aparece por primera vez en la perícopa la referencia a la “palabra” (*logos*). En este caso, la Palabra de Dios. Este concepto

de *logos* ordenará el discurso: aparecerá aquí, en el v. 11 (palabra confiable), en el v. 14 (*logomaquía* = lucha de palabras) y finalmente en el v. 15 (palabra de la verdad).

El v. 10 destaca la fuerza de la Palabra que es transmitida a sus testigos: la perseverancia de Pablo en su palabra y misión, pese a los padecimientos que conlleva, es una muestra más de la fuerza que confiere el ser parte de quienes Dios ha llamado. Así serán alcanzados con la gloria eterna de la salvación en Cristo. El testimonio perseverante y firme de uno alcanza a los muchos. Hay una dimensión comunitaria que el sufrimiento revela, cuando el que padece es consolado al ver de qué manera su disposición ayuda a la fe de otros.

De esta manera se introduce el ejemplo de Cristo, con un poema o himno que seguramente tenía uso litúrgico (vs. 11-13). Este poema es una “palabra confiable”. Evidentemente aquí hay un juego literario interesante: la palabra (lo que el poema dice) es digna de confianza, porque “aquél” es confiable. Lo traduzco casi literal para notar estos juegos, y agrego las referencias a otros textos temáticamente o lingüísticamente vinculados:

Si, pues, con-morimos, también con-viviremos (Rom 6:6-9)  
 Si perseveramos, también con-reinaremos (Ap 5:9, et al.)  
 Si negamos, también aquél nos negará (Mateo 10:33)  
 Si des-confiamos, aquél confiable permanece (1Co 1:9; 10:13 et al.)  
 pues negarse a si mismo no puede.

Si bien el poema, por la referencia contextual, parece referido a Cristo (v. 10 *in fine*) el nombre de Jesús o Cristo no aparece explícito, y bien podría referirse a Dios Padre. El análisis de las tradiciones marca ambas posibilidades, ya que los textos indicados se refieren en algunos casos a Cristo y otras al Padre.

El poema se construye con dos paralelos, una antítesis y una conclusión. Los paralelos indican lo positivo: la conducta del creyente “con-forme a Cristo” implica una vida “en Cristo” coronada por la gloria eterna mencionada en el v. 10. La antítesis indica una conducta “negativa” (o negadora). El paralelo con Mt 10:33 es evidente. Pero probablemente se refiere a una situación actual (para el momento en que se escribe la carta, y quizás para el nuestro también) de los que niegan la ética de la vida en Cristo por las atracciones que ejercen las “pasiones mundanas”. La carta nombra explícitamente algunos casos en ese sentido. Es evidente que en tiempos de persecución este fue un tema mayor. Pero también lo es cuando la persecución es reemplazada por el facilismo, donde la negación de Cristo no toma la forma dramática del tribunal, sino la forma más sutil de la atracción hedonista, de la autojustificación, o del olvido del compromiso con la justicia de Dios.

La des-confianza (del que confía más en las “luces del centro” o en las luminarias de los carteles de publicidad que en la luz de Cristo) no cambia, sin embargo, la realidad de la presencia de Dios. Aquél permanece confiable (preferimos traducir como adjetivo). Porque el que inspira y da la fe, confianza, no puede negarse como fuente de fe, nos indica la conclusión. Más allá de nuestra conducta, la actitud de Dios es “fiel a sí misma”. El poema destaca la coherencia divina frente a la incoherencia humana, y por lo tanto invita a superar el sufrimiento mediante la perseverancia, y no por la renuncia a los dilemas que plantea el seguimiento.

La lección se extiende hasta el v. 15, para cerrar la estructura abierta en v. 9, con una nueva referencia a la palabra: si en v.11 la palabra es confiable, al final del v. 15 es la “palabra de la

verdad”. Ello debe evitar las disputas por palabras (v. 14). Es evidente que a esta altura de la vida de la Iglesia (fines del siglo 1 d.C.) ya se comenzaban a producir disensos en cuanto a las maneras “correctas” de expresar la fe. La carta está preocupada por la confianza en la obra de Cristo (quien es autor de nuestra fe) y la manera correcta de vivir la fe más que por las palabras que la expresen, aun cuando en algún momento también señalara la importancia de retener “las sanas palabras que de mí oíste” (1:13). Las disputas en torno de palabras (que tantas divisiones han traído en la historia de la Iglesia) no deben ocultar que todas esas palabras señalan a “la Palabra de Dios”. Muchos quedan enredados en el discurso de la fe, y enredan a otros, desviándolos de su sentido final: mostrar la novedad de vida que se abre en Cristo. Por eso la preocupación del creyente es la obra que hace: procura presentarte como quien ha pasado la prueba de fidelidad<sup>4</sup> (v. 15a), como el que obra sin tener de qué avergonzarse (v. 15b), que “corta correctamente” la palabra de la verdad (15c). La expresión “corta correctamente” se usa solamente aquí en el Nuevo Testamento. Tiene antecedentes en dos versículos del Libro de Proverbios (3:6 y 11:5) en la LXX, y en ambos indica “enderezar” y se usa para el camino del justo. El uso aquí es poco claro, pero, dado el trasfondo, parecería indicar un uso de la palabra de la verdad como forma de acabar con discusiones estériles y dar lugar a un testimonio afirmado en la vida.

### Sugerencias homiléticas

Una manera de aprovechar este texto en la predicación o enseñanza es destacar el uso de “Palabra” (logos). Es una posibilidad de mostrar otras formas en que aparece este concepto, que generalmente se restringe a su concepción en el Prologo joanino. Aquí se puede mostrar en este texto:

- La “Palabra de Dios” que no puede ser detenida (v. 9). Sale de la boca del Señor y hace su obra (Isaías 55:11). Es una palabra que cura (lectura del Evangelio). Es la palabra que sostiene al prisionero. Es la palabra que se proclama y que pasa de generación en generación y envía a liberar.
- Es la “palabra confiable” (v. 11). Es la palabra de la promesa que da vida al que ha muerto con Cristo, que persevera para llevar al Reino. Es una palabra que no se niega a si misma, y que permanece confiable aún cuando nosotros la neguemos. La lectura del AT. sobre la falta de confianza de Naamán en la palabra de Eliseo, y como esta sin embargo obró su sanidad puede ilustrar este punto.
- Es una palabra para hacer, para poner en obra, y no para “definir” en argumentos que enredan a los oyentes. Es una palabra útil que se muestra en la actitud leal del que la practica.
- Es la palabra de la verdad, que nos señala el “camino recto” de la fe, que se hace visible en la vida del justo, que se hace visible en la gracia de Dios, que levanta a vida a los muertos, según su poderoso Evangelio.

---

<sup>4</sup> *Dókimon* indica la evaluación a la que eran sometidos los funcionarios al terminar su mandato, para ver si habían sido fieles en su administración. En los cargos de gobernación, debían presentarse a rendir cuentas al Emperador. Aquí el discípulo debe presentarse ante Dios para ser evaluado y demostrar su fidelidad en el uso de los dones acordados.



## **ESTUDIO EXEGÉTICO–HOMILÉTICO 055 – Octubre de 2004**

**Instituto Universitario ISEDET**

**Autorización Provisoria Decreto PEN N° 1340/2001**

***Es un servicio elaborado y distribuido por el Instituto Universitario ISEDET***

**Buenos Aires, Argentina**

**Este material puede citarse mencionando su origen**

**Responsable para el mes de octubre de 2004: Néstor Míguez**

### **Domingo 17 de octubre de 2004, Vigésimo Domingo de Pentecostés**

Salmo 121; Génesis 32:22-31; **2 Timoteo 3:14-4:5**; Lucas 18:1-8

Para el texto de la Epístola, consideraciones generales, ver introducción del primer domingo de octubre.

#### **Comentario**

Este texto nos acerca a otro de los imperativos del autor. En este caso, nuevamente el objeto es la permanencia en la fe recibida, pero ahora su señalará otra fuente y reaseguro de la fe: las Escrituras inspiradas. Afirmado en esas Escrituras y en el legado paulino, luego seguirán otros imperativos, que pueblan 4:2. Examinemos algunos detalles del párrafo.

No pensemos que sólo ahora los cristianos nos encontramos separados y enfrentados por cuestiones de doctrinas o prácticas. El problema viene de antiguo, y la insistencia del autor por que “Timoteo” y todos los que él representa “permanezca en las enseñanzas recibidas” (v. 14) nos muestra la ambigüedad y conflicto doctrinal que comienza a conmover las comunidades cristianas primitivas. Es bueno que estas páginas, a pesar de su dudosa autoría directa por parte de Pablo, nos hayan llegado, para ayudarnos a evitar una visión idílica de la unidad del cristianismo primitivo y reconocer que ya desde tiempos muy tempranos “la Iglesia” se componía de diversas iglesias y tendencias internas. Y mostrarnos como la herencia paulina entra en contacto (y disputa) con otras tendencias que también se ven reflejadas en otras páginas neotestamentarias. La sabiduría del Espíritu que guió el proceso canónico nos ayuda a ver una iglesia “ecuménica” desde sus orígenes, con sus divergencias y conflictos, así como su búsqueda de coherencia y fortaleza en el testimonio.

Esta enseñanza recibida y en la cual ha confiado “Timoteo” proviene de “quienes” lo discipularon. A pesar que muchas de nuestras versiones traducen en singular (de *quien* has aprendido – así interpretó Jerónimo en la Vulgata latina, y también así figura en Reina-Valera, por ejemplo) llevando a la idea de Pablo como maestro, el texto griego trae un plural: de *quienes* has aprendido. Esto lleva a aceptar una pluralidad de maestros. “Timoteo” ha recibido la influencia de más de un maestro, y a todos debe respetar. “Desde la niñez (v. 15, ¿alusión a la abuela y la madre, de 1:5?) ha sido instruido en las Escrituras, que le han dado la sabiduría que lleva a salvación en Cristo.

Esto, y el v. 16 que le siguen, plantean el tema de las Escrituras. En primer lugar, debemos señalar que estas “Escrituras” son un conjunto que por entonces estaba indefinido. Había más de una versión y canon escriturístico entre los judíos. La diáspora griega, en la cual se forma Timoteo, usaba distintas traducciones, aunque la más citada y honrada era la llamada “de los Setenta” (LXX) (que incluía libros griegos, como el Eclesiástico, y la Sabiduría de Salomón).

Estos no eran validados por los rabinos de la escuela de Jamnia (formada hacia el 80 d.C.), que sólo seguían los libros hebreos. A su vez la diáspora oriental tenía los “Targumim”, versiones arameas que constituyen una verdadera paráfrasis de los textos hebreos. ¿Cuál es la Escritura que da sabiduría de salvación? La discusión no se ha acallado ni hasta hoy entre los cristianos, de allí que haya más de un canon del Antiguo Testamento. Por otro lado aparece el tema de la interpretación, dado que estas Escrituras deben ser interpretadas “por la fe de la salvación en Cristo”, lo cual, evidentemente, no es el modo en que los judíos de quienes las recibimos las han interpretado.

El problema también se plantea a nivel de la traducción. La expresión “inspirada por Dios”, que es una sola palabra, aparece solamente aquí en las Escrituras (incluyendo las “LXX”). ¿Debe traducirse como un atributo, o como un predicativo? Si es un predicativo debe traducirse “Toda escritura *es* inspirada por Dios y útil para...” (Reina-Valera). Si es un atributo se traducirá: “Toda escritura inspirada por Dios también es útil para...” (Dios habla hoy, lectura alternativa). Por otro lado, aparece la pregunta: es la Escritura (en tanto objeto) inspirada, o es que Dios inspira al lector (inspiración subjetiva) para llevarlo a la fe por medio de la Escritura. No podemos resolver este tema de siglos en este comentario. Lo cierto es que para el autor hay un lugar destacado de la Escritura como instrumento en la enseñanza, en el debate, en la corrección y en la instrucción en la justicia. Es en este camino que el ser humano se prepara para vivir haciendo las obras que Dios espera de él o ella. La lectura de las Escrituras no es un fin en sí mismo, el discernir el mensaje y aplicarlo apunta hacia otra cosa: el realizar la justicia de Dios en la vida (v. 17).

Por ello, el párrafo de 4:1-5, afirmado sobre este uso de la Escritura, aparece otra serie de mandatos: predicar, exponer, señalar, ordenar, exhortar, con paciencia y disposición a enseñar, pues en esto se juega la fidelidad a Cristo, quien es juez de todo la viviente como de lo que ha muerto, y se mostrará en su Reino. La proclamación de este Reino es lo que está en juego, y por ello no hay tiempos mejores o peores. Aquí se nota que el horizonte de una pronta manifestación gloriosa de Cristo no ha desaparecido de la vida de la Iglesia. Pero sin embargo también se muestra que el tiempo transcurrido y que sigue corriendo ha dado lugar al surgimiento de corrientes diversas y doctrinas divergentes. Estas diferencias hacen “escuela”, ya que el problema parece ser que surgen “maestros” que usan la enseñanza para justificar sus propios deseos o con afán de lucro y codicia. Estos elaboran o difunden sus propias versiones, “mitos”, con los cuales quieren aportar novedades que hagan más interesante su mensaje. La exposición de la Escritura y la simple verdad de un Cristo crucificado y resucitado, la gracia y la justicia, no les alcanza: necesitan cosas más espectaculares, fábulas, experiencias extraordinarias. Dejan de exponer las Escrituras y distraen al pueblo con la exaltación de sus propios deseos y pasiones. El problema, por lo visto, no es de ahora.

Ello no debe disminuir la pasión evangelizadora de “Timoteo”. Él debe continuar la obra con sobriedad, con sufrimiento si es necesario, pero mostrando las acciones que el Evangelio invita a realizar. Así ha de cumplir su ministerio, su diaconía, su servicio, a sus hermanos y hermanas, a su Iglesia, a Dios.

### **Sugerencias homiléticas**

Es una buena oportunidad para hablar de la centralidad de las Escrituras, pero también de la diversidad de su interpretación. Si bien “el mes de la Biblia” ya pasó, los textos de la Epístola de estos últimos domingos mantienen una continuidad con esta celebración: el primer

domingo nos referimos al valor de lo recibido, de la herencia de la fe, y la necesidad de actualizarla en nuestra práctica: eso pasa, por cierto, con las Escrituras. El domingo anterior la epístola estuvo centrada en la “palabra de Dios” y su vigencia, y por cierto que ello se da por el testimonio bíblico. Este domingo nos encontramos con la referencia al valor de la Escritura en la enseñanza, la disciplina de la Iglesia, su lugar como fiel de la balanza para evitar los desbordes de los mercachifles de la fe, que están más preocupados por sus mitos y codicias, por satisfacer sus apetitos de fama y sus deseos personales, que por la salvación que es en Cristo.

No es posible reducir la Escritura a una sola forma: de suyo su riqueza desborda cualquier interpretación que pretenda erigirse como la única posible. Pero tampoco es posible el testimonio de Cristo y su obra sin la referencia central a la Escritura, sin su lectura constante, sin compartirla en la vida comunitaria. Es una oportunidad para volver a poner el énfasis en el don de Dios que es la Escritura, en la “doble inspiración” de su palabra, en los que nos transmitieron su testimonio de fe en sus páginas, así como el Espíritu que hoy nos inspira al leerla.

**ESTUDIO EXEGÉTICO–HOMILÉTICO 055 – Octubre de 2004****Instituto Universitario ISEDET****Autorización Provisoria Decreto PEN N° 1340/2001***Es un servicio elaborado y distribuido por el Instituto Universitario ISEDET***Buenos Aires, Argentina****Este material puede citarse mencionando su origen****Responsable para el mes de octubre de 2004: Néstor Míguez****Domingo 24 de octubre de 2004, Vigésimo primer Domingo de Pentecostés**Salmo 84:1-6; Jeremías 14:7-10, 19-22; **2 Timoteo 4:6-8.16-18**; Lucas 18:9-14

Para el texto de la Epístola, consideraciones generales, ver introducción del primer domingo de octubre.

**Comentario**

Sugerimos leer el texto completo, sin el corte propuesto por el leccionario. Los detalles cotidianos que traen esos versículos intermedios nos muestran que la vida apostólica también tenía que ver con amistades y abandonos, con olvidos y disidentes, con libros y encargos. Son estos versículos que reflejan los avatares del día a día de la misión y situación, donde se muestra “la humanidad de Pablo”, con sus momentos de dolor, con sus enemistades, con sus enseres cotidianos, y muestra las cosas a las que da importancia en sus largos días de prisión. Es el pasaje de sabor más paulino, en el sentido que refleja no sólo al Pablo evangelista obsesionado con la predicación y enseñanza del Evangelio, sino también el que mantiene vínculos de amistad y confrontación, el que necesita ayuda para el ministerio. Es por ello que defiendo la idea de que, de las pastorales, es la más cercana en afecto y tiempo al Pablo real.

Con estos versículos entramos de lleno en el “testamento paulino”. Se reflejan palabras que ciertamente constituyen una despedida del apóstol. Él ve cercana su muerte –no es la primera vez, pues Flp. 1 refleja una situación análoga, y la mención a ser librado de la boca de las fieras también se puede relacionar con la situación descrita en 1 Co 15: 32. Pero el tono de estos versos muestra una cierta resignación, en el sentido de que esta vez la suerte ya está echada; si en la anterior oportunidad el resultado fue absolutorio (vs. 16-17), no parece ser este el desenlace ahora: no hay un espacio de duda, el fin está próximo, y hay una urgencia para que Timoteo venga (v. 9) si aún ha de ver con vida al Apóstol, y han de servirle la capa y libros que le traiga (v. 13).

Sin embargo, el tono nos es de angustia. No hay un temor por el juicio divino, dudas por la salvación, preguntas por el más allá, el dilema entre “quedar o partir” de Flp 1:22-26. No aparece tampoco el tono de autorreproche o desazón por sus pasados desaciertos o por aquellas cosas que quedarán sin hacer. En esta oportunidad la cosa está jugada, Pablo puede mirar atrás en su propia vida y evaluar qué ha sido de ella. Y no se lamenta, sino que se afirma en lo que ha hecho: he peleado una buena lucha, he concluido la carrera, he conservado la fe. Así marca una diferencia con Flp 3:13-14, donde se hace referencia a una carrera que aún no termina, cuyo tramo final aún está por correrse. Ahora, en 2Tm 4:7, caso los verbos en tiempo perfecto muestran hechos completados. La prueba está llegando a su fin.

Las metáforas remiten al mundo de los juegos atléticos –la lucha que se menciona no es la batalla guerrera sino el pugilato, la carrera completada es la de las justas atléticas, el testimonio que se conserva es la integridad en la confrontación, y por lo tanto la metáfora se completa con la premiación correspondiente, la corona de los vencedores, como ocurría en los juegos olímpicos. El juez que observa los eventos y dictamina es justo y reconocerá sus esfuerzos. Aquí se demuestra que la “justificación por la fe” no evita el juicio sobre los actos de la propia vida. Pero esta corona es la de la justicia, la que el Señor le otorgará “en aquel día”. Pero, a diferencia de los juegos en los que hay un solo ganador, son muchos los que recibirán esta corona: todos los que “aman su presencia” (*epifanía*).

Luego vienen estos versos que abundan en nombres y situaciones particulares. Hoy son nombres sin rostro, pero ciertamente lo tenían para Pablo, para Timoteo y sus contemporáneos. Hablan de quienes son los amigos fieles y quienes no, de quienes han emprendido misiones para continuar la obra del apóstol, y quienes se han quedado cerca de él para hacerlo compañía en estos momentos difíciles y finales. Habla de las personas a quienes Pablo estima y le pueden ayudar en el ministerio, aunque quizás en algún momento anterior lo defraudaron (ver el episodio en torno de Marcos en Hch 15:27-40). Aún en esta situación, Pablo no sólo mira su pasado sino también el futuro de la iglesia, la continuidad del ministerio y su tarea misionera. Sabe que ya no podrá hacerlo él y confía en otros, en personas que lo han acompañado antes, aún con sus diferencias. Por otro lado, no deja de interesarse en sus libros, en su estudio; pero eso no le quita que, frente a un tiempo aún difícil en prisión, quiera protegerse del frío con su capa. Aquí se ve la integridad y las frustraciones de una iglesia en misión: nombres de misioneros enviados y de desertores, algunos mencionados en otros textos neotestamentarios, otros sólo aquí. Se nos da el nombre de alguien que ha hospedado a Pablo, y donde dejó parte de sus pertenencias. Son los Pepe, Etelvina, Roque o Guille de nuestras comunidades hoy. Pero también se menciona al matón de la esquina, el tal Alejandro el herrero, que se divierte en causar problemas. Sólo que, en este caso, se los destaca en un escrito canónico.

Finalmente el autor hace alusión a una instancia de juicio anterior, de la que Pablo ha salido indemne. Los datos que tenemos de la vida de Pablo no son suficientes como para poder indicar con claridad cuál fue ese momento. Sólo sabemos que el miedo fue más fuerte que la amistad: lo dejaron solo. Pero esa soledad fue compensada por la más grande compañía: la de Cristo. Con las fuerzas que le dio su Señor Pablo afrontó la prueba y salió vencedor. No sólo eso, sino que fue incluso una oportunidad para cumplir su ministerio de anunciar el Evangelio de salvación, y que pudieran oír su predicación quienes, de otra manera, difícilmente lo hubieran hecho. Pero ahora el resultado es otro: y por lo tanto lo que ahora pide Pablo no es ser librado de la muerte, sino de “toda obra mala”, de aquello que en él mismo puede poner en riesgo su salvación.

“El Señor me salvará para su reino celestial”. De esa manera ve ahora Pablo su suerte. Si en otras oportunidades el Señor lo salvó de la boca del león para que pudiera seguir predicando el Evangelio, ahora mira más allá de la frontera de la muerte. Sabe que está llegando a su fin su periplo por esta tierra de esfuerzos y confrontaciones, donde se le ha encomendado sembrar la semilla de la buena nueva, lo que con denuedo procuró hacer, donde encontró amigos y colaboradores fieles, y empecinados oponentes, donde se enfrentó y luego reconcilió con Pedro y otros apóstoles, donde ayudó, por la gracia de Dios, a formar su iglesia. Se prepara para ir al encuentro definitivo con su Señor, al que ya encontró en el camino de Damasco, y al que una y otra vez rogó y le escuchó. La idea de que estaría vivo en la manifestación gloriosa

final de Cristo (1 Ts 4:15) ha quedado atrás. Pero no la certeza del Reino, ni de la gloria eterna que el Señor reserva para sus santos.

### **Sugerencias homiléticas**

Mirar atrás en la vida, ver el camino recorrido, las luchas libradas, las pruebas superadas (... o no tanto...) sentir la presencia del Señor en los avatares más diversos, hacer un recuento de amigos y oponentes, de circunstancias dichosas y de las otras... ¿sólo cuando uno ya ve venir la muerte? ¿No es este un ejercicio también útil en distintos momentos de la vida personal, o de la congregación? El texto se presta para un momento de reflexión, un “sermón armado con la congregación”, dando oportunidad a expresar las instancias de alegría y tristeza, donde y cuando “el Señor estuvo a mi lado y me dio fuerzas”, me acompañó en mi defensa y me libró de la boca del león. También cuales son nuestros “libros y capas” aquellas cosas de las que nos formamos para crecer en el evangelio y para abrigarnos en el mal trance.

Pero no sólo esto, sino también como son las formas de la continuidad, aunque nosotros mismos no podamos ya ser parte de ello. Cómo somos parte de una iglesia que también está en “Galacia”, “Dalmacia”, “Éfeso” y “Troas”, por citar los lugares que menciona la epístola. Cómo sigue obrando en nosotros la certeza del Reino, aunque no lo veamos en esta vida, pero que influencia y nos guía en esta vida “para ser librados de toda mala obra”. La identidad se construye en el ejercicio de la memoria y la esperanza, en la mirada sobre lo que pasó y lo que ha de venir, en la continuidad entre mi persona y la de los que me rodean. Quizás también así se pueda construir una predicación.

## **ESTUDIO EXEGÉTICO–HOMILÉTICO 055 – Octubre de 2004**

**Instituto Universitario ISEDET**

**Autorización Provisoria Decreto PEN N° 1340/2001**

*Es un servicio elaborado y distribuido por el Instituto Universitario ISEDET*

**Buenos Aires, Argentina**

**Este material puede citarse mencionando su origen**

**Responsable para el mes de octubre de 2004: Néstor Míguez**

### **Domingo 31 de octubre de 2004, Día de la Reforma**

Salmo 46; Jeremías 31:31-34; Romanos 3:19-28; Juan 8:31-36

**Observación:** Los textos indicados son los que marca para el “Día de la Reforma” el leccionario del *Libro de liturgia y Cántico* desarrollado por la Iglesia Evangélica Luterana en América (Miniápolis: Augsburg Fortress, 1998). Quienes prefieran seguir el *Leccionario Ecuménico Trienal* encontrarán los comentarios correspondientes al texto de 2 Ts 1:1-5 y 11-12, en el EEH 20, noviembre de 2001.

### **Comentario**

Celebrar el día de la Reforma no es, a mi entender, celebrar un acontecimiento histórico, exaltar la gesta de un hombre (o de varios, incluyendo algunas mujeres) por muy digna que haya sido, o marcar una circunstancia en la historia de la Iglesia y debatir sobre lo correcto que pueden haber sido las decisiones y opciones tomadas en su momento. Todo ello tiene, sin duda, su lugar. Pero fundamentalmente lo que celebramos es una comprensión liberadora del mensaje de Jesucristo, la fuerza del Espíritu Santo para alumbrar caminos más allá de las marcas institucionales, la posibilidad de vivir más que de una ortodoxia de la fe, de acceder a la Escritura renovada y creativamente, en la comunión con los testigos primeros y caminando osadamente los tiempos que nos toca vivir con el anuncio de la esperanza de la salvación. Por lo tanto, en lugar de extendernos en el comentario de un solo texto, esta vez haremos una breve recorrida por lo que nos brindan los cuatro textos propuestos para esta oportunidad.

Comencemos por el Salmo. El Salmo 46 es una celebración de la presencia de Dios como “baluarte, escudo y sostén”. El emblemático himno de Lutero, “Castillo fuerte es nuestro Dios” tiene reminiscencias ciertas de este Salmo. El salmo consta de 3 estrofas (1-3, 4-7, 8-11). Cada estrofa tiene un tema central: la primera habla de la presencia de Dios en la creación; la segunda, manifiesta la presencia de Dios en la historia, en la defensa de su pueblo; la tercera habla de la presencia escatológica de Dios, dando por cumplido el contenido de la Promesa.

La primera estrofa se inicia con la afirmación fundante, Dios está con su pueblo amparándolo, fortaleciendo y auxiliándolo en sus dificultades. El Dios que ha creado el mundo y lo sostiene acompaña a los suyos aún cuando esta misma creación vuelva a manifestar las señales del caos siempre latente. Las fuerzas de la naturaleza pueden salirse de su disposición, sin embargo Dios no abandona a los suyos. Finalmente el poder de Dios se extiende sobre todo lo creado, y aunque se agiten las aguas del mar y lo seco cambie de lugar, contrariando el orden establecido en la formación del mundo, cuando Dios mediante su palabra estableció el lugar y

tiempo de cada cosa, el poder de Dios sigue intacto y preservará su obra. Algunas versiones omiten la expresión “Nuestro refugio es el Dios de Jacob” al final del v. 3, que probablemente haya que reponer ya que se repite como estribillo a lo largo de toda la recitación o cántico celebrativo (final de las estrofas 2 y 3 –vs. 7b y 11b respectivamente).

La segunda estrofa comienza con un contraste con esta primera. Si en v. 3 se mencionan aguas embravecidas, en el v. 4 se marca la función de las aguas pacíficas, que brindan vida a la ciudad de Dios. Es probable que esta estrofa modifique un poema más breve que originalmente estuviera referido a la significación del Templo de Jerusalén. Pero las circunstancias históricas de su destrucción “idealizó” esta figura, de manera que ya no se corresponde a la Jerusalén terrena, sino a una visión distinta, donde hay un río edénico (que la Jerusalén real no tiene), y resiste el embate de las naciones, ante las cuales la ciudad real sucumbió y fue destruida. El Salmo afirma, en ese sentido, que la historia no está terminada, y que la manifestación final significa una nueva Jerusalén refundada con todas las características de una ciudad ideal, edénica. Esto también se refleja en el cap. 21 del Apocalipsis cristiano. Finalmente, la tercera estrofa muestra como cumplidas las obras de la Promesa divina. El Reino de Paz ha comenzado, todas las naciones reconocen al Dios de Jacob y le enaltecen. En los tres niveles, creacional, histórico y escatológico, la presencia de Dios asegura la vida de su pueblo, muestra su fuerza y fidelidad, obra su salvación sólo desde su amor y grandeza, más allá de las contingencias que hoy lo ponen como débil y derrotado y mañana lo mostrarán triunfante.

El texto profético elegido no podría ser más exacto para celebrar el corazón del contenido central de la Reforma. Jeremías 31:31-34 forma parte de la corriente postexílica, del giro que ya no se basa en el cumplimiento de la ley como fuente del pacto, sino que propone una nueva dimensión de la relación entre Dios y su pueblo. Mientras que los profetas preexílicos señalan la condena pendiente por el olvido de la ley y la justicia, y anuncian el castigo divino por esa brecha, este párrafo, junto con algunos textos de Ezequiel, muestran una nueva dimensión del discurso profético: la acción de Dios ya no depende de una “reciprocidad” de Israel en su fidelidad y cumplimiento legal, sino en la iniciativa de Dios a partir de su propio amor. Este “giro teológico” viene de la experiencia de una nueva dimensión de la justicia divina, que se mantiene abierta aún cuando “ellos no validaron mi pacto”. Siendo que el concepto hebreo de justicia tiene en su centro la reciprocidad, lo que aquí está en juego es una modificación del concepto mismo de justicia y de un pacto justo. Dios ya no pide que el pueblo responda con la misma actitud, sino que Dios buscará la forma en que este nuevo pacto pueda cumplirse. Aquí aparece la dimensión de interioridad de la fe: la ley ya no estará escrita en piedras sino en el corazón; no se puede “controlar al pecado” desde afuera, si no se lo erradica “desde adentro”.

Este pacto abarca tanto a Israel como a Judá (con lo cual marca su distancia con el proyecto Esdras-Nehemías, que reivindica la pureza racial judaica y hace gala de un legalismo excluyente), y por primera vez vemos una referencia esquiva a la “torah”. Este nuevo pacto no es una recuperación del pacto del Éxodo, del contrato sinaítico, sino su superación. La ley ya no es su centro, el centro es el corazón del pueblo “yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo” –nuevamente un tema que aparece en Ap 21. La cercanía a Dios es universal, eliminando así las jerarquías y las mediaciones que ha fijado la ley anterior (nadie tendrá que enseñar a otro), y las distinciones sociales: me conocerán el más grande y el más pequeño. El fundamento del pacto anterior es el poder, en este pacto es el perdón.

El texto de la epístola, por supuesto, es el corazón de las lecciones bíblicas indicadas. Aquí el énfasis está puesto en lo que fue el núcleo duro de la discusión doctrinal que se dio en la



Reforma luterana. La obra de Jesucristo no sólo supera la ley del Sinaí, sino todo y cualquier esquema legal. Se inaugura la nueva forma de la justicia, que obedece totalmente a la dinámica de la fe.

El gran tema es cómo opera la justicia de Dios. El sentido de una celebración de la Reforma no es repetir ahora la interpretación que le dio Lutero a estos textos, sino ver de qué manera nos hablan hoy en nuestra situación y contexto. El gran tema de estos versos (vinculado a la tensión justicia-injusticia que subyace a toda la epístola a los Romanos) es la diferencia entre una justicia mediada por la ley, y la justicia que se ejerce desde la gracia divina. La gran afirmación es que la ley no puede asegurar una justicia que afirme la vida (vs. 19-20). La ley, por un lado (toda ley, cualquier ley) es una barrera al pecado, pero por el otro es, en la lectura paulina, la ocasión del pecado. La ley nos iguala en la necesidad de su cumplimiento, pero luego oculta al prójimo real en la ficción de un cumplimiento formal de la misma. La ley, que en sí misma es una mediación de la justicia, es ocasión del pecado: el medio se convierte en fin, y anula el fin. El sentido de la ley es afirmar la relación con Dios y con el prójimo en términos de justicia (reciprocidad, solidaridad). Pero el cumplimiento de la ley como tal se transforma en el fin de la acción, la persona actúa “para cumplir con la ley”, y así el sentido de la ley queda desnaturalizado por el cumplimiento de la ley. Así, “las obras de la ley”, es decir, su cumplimiento formal en cuanto ley, no trae la justicia que Dios espera, y se vuelve ocasión del pecado (v. 20)

La intención de la Ley es mostrar la justicia de Dios (v. 21), pero que finalmente se muestra “aparte de la ley”. Los profetas anteriores reclaman el cumplimiento de la ley, en tanto fidelidad a Dios, camino de honestidad, protección del débil; pero también (lectura de Jeremías) reconocen la insuficiencia de la ley y la necesidad de otra forma de justicia para que esto ocurra. Esa otra forma de justicia es la que se manifiesta en Jesús. La justicia que se muestra en Cristo, la fe que nos hace justos, no se basa en las leyes (castigo y recompensa), sino en la práctica de lo gratuito (la salvación es por gracia).

Esta nueva dinámica ya no discrimina entre “los que (creen que) cumplen la ley” y los que no la cumplen, por que ni uno ni otro queda por ello a salvo de pecar (v. 23). Se ofrece otro camino, que es el que muestra Jesús: es en el amor total de Jesús, en su entrega hasta la sangre, que aparece nuestra redención, es que comprendemos el sentido final de la justicia. La justicia no es atenerse a ley, sino ver la necesidad del otro, percibir la existencia del otro por encima de la “virtualidad” de la ley: esto es lo que hizo Jesús, esto es lo que expresa el perdón de Dios. Es la capacidad de renovar la vida (pasar los pecados pasados por alto) por “la ley de la fe” (v. 27), es decir, una ley que no se demuestra en su cumplimiento formal sino en su proyección de la justicia como don de Dios. Así, el ser humano, por la fe, guiado por el Espíritu, busca la justicia que Dios le ofrece. Este argumento luego se desarrollará extensamente en los caps. 6-8 de la carta.

Finalmente, un breve comentario sobre el texto del Evangelio. Este texto es, nuevamente, una clave interpretativa que nos abre todo el Evangelio de Juan, por lo cual nos limitamos a señalar apenas algunas ideas claves del mismo. El texto juega en la relación verdad-libertad. Las dos palabras que organizan este mensaje se encuentran reunidas en el v. 32. El discurso de Jesús aparece dirigido “a los judaítas que le habían creído”. Vale la pena señalar que no es que creyeron “en él”, en el sentido de la fe en la persona de Jesús, sino que “le habían creído”, es decir, aquellos que apreciaban y confiaban en la palabra de Jesús. Esto se hace claro por la invitación de Jesús a permanecer “en mi palabra”, en lo que él les había dicho. No es, por lo menos aún, la idea que señala Juan el Bautizador: “He aquí el cordero de Dios” (Jn 1:29 y 36),

ni la de los aldeanos de Sicar “este *es* verdaderamente el salvador del mundo” (Jn 4:42). Todavía estamos en el nivel de lo que Jesús dice, y no en lo que es. Pero el afirmar su palabra les permitirá ser verdaderos discípulos, y en ese camino conocer la verdad (es decir, llegar a reconocer en Jesús la revelación del Padre, que será el tema del diálogo subsiguiente). Sólo el conocimiento de la verdad libera.

Sin embargo, en su respuesta los interlocutores desconocen su propia realidad: “somos simiente de Abrahán, nunca hemos sido esclavizados”. En esta afirmación, curiosamente, está el núcleo del problema: desconocen la gesta liberadora de Dios. Niegan la historia del Éxodo. Quien no se reconoce esclavo nunca podrá apreciar la necesidad de su liberación. La soberbia esconde su percepción de la realidad que viven: Israel fue sucesivamente esclavo de muchas naciones, y ahora estaban sometidos por Roma. Pero desconocen la fuerza liberadora de Dios, por eso tampoco pueden reconocer como Dios los liberará del pecado al que se han esclavizado (v. 34).

Esa esclavitud les impide ver la dimensión eterna de la palabra liberadora de Dios. Sólo pueden vivir el momento, sin percepción de la relación nueva con el Padre que se les ofrece en la presencia de Jesús. Es la filiación con Dios, y no la filiación abrahámica, la que abre el camino de una liberación real, de una liberación de los condicionamientos a los que son sometidos por su propio orgullo. Por eso, sólo “en el hijo”, y en la posibilidad de ser todos “hijos en el hijo” (Jn 1:12) que se abre el camino de la libertad esencial, condición necesaria para la libertad “existencial”.

### **Sugerencias homiléticas**

La celebración de la Reforma, a través de estos textos, nos permitirá mirar a “las reformas” que son necesarias para nuestra propia realidad. Ignorar nuestra realidad hoy y nuestras esclavitudes (lectura del Evangelio) sólo nos impide conocer la verdadera dimensión de la presencia y acción de un Dios liberador. Cuando el Salmista compuso su obra y Jeremías emitió sus profecías, el imperio babilónico reinaba, y una elite judaica negociaba con él su retorno en condiciones de exclusión y sometimiento. En la realidad de la época de Jesús y Pablo, el poder del sacerdocio y fariseísmo judaíta en alianza con el imperio romano imponían una ideología de dominio. Lo mismo ocurrió en tiempos de Lutero y Calvino, cuando el poder papal corrupto había establecido su alianza con el Imperio “Romano-germánico”. Hoy, un cristianismo fundamentalista y la idolatría del mercado total, que curiosamente van de la mano, aliados con el Imperio del capitalismo financiero tardío, también imponen esclavitudes, ideologías de terror y muerte, leyes de exclusión. Frente a ellos la fe en Cristo, la realidad del hijo, nos invita a ser libres de esa estructura de muerte. Lo que libera no está en el mercado y sus leyes, sino en la dinámica de lo gratuito, de la gracia. La humanidad necesita un nuevo pacto, sin jerarquías de “grandes y chicos”, de dictadores de recetas para que otros apliquen, de sacrificios redentores de una generación para salvar a otra, o de una clase para que otros vivan en el derroche.

Superar la ideología del acumular y la revancha del terror por medio de la confianza en el Dios que protege y vive con su pueblo, confiar en que un futuro diferente, de paz, es posible en la libertad que nos da la Promesa, afirmar la justicia que es por la gracia, reconocernos en la humanidad del Hijo, esta es la reforma espiritual que permitirá y alentará las reformas históricas que una y otra vez el Espíritu nos llama a vivir como expresión de nuestra fe.